

## Maricones callejeros y un falansterio vacío en La Habana de 1889.

¿Cómo calificaremos, pues, a estos pederastas activos y paganos que van a solicitar a los maricones para ocuparlos pagándoles con dinero?  
(Pedro Giralt, *El amor y la prostitución*, 1889)

Dos tratados donde se comenta explícitamente la homosexualidad y una crónica de Casal que alude sutilmente al tema, que más bien lo borra estéticamente se publican en La Habana en el mismo período de uno o dos años. Es muy probable que la crónica de Casal sobre el «Centro de Dependientes», publicada en La Discusión el 28 de diciembre de 1889, respondiera a un debate contemporáneo sobre la homosexualidad en la capital, y específicamente sobre el comportamiento sexual de los dependientes, un debate ventilado en dos libros publicados unos meses antes de la crónica: *La prostitución en La Habana*, por el Dr. Benjamín Céspedes y *El amor y la prostitución. Réplica a un libro del Dr. Céspedes*, por Pedro Giralt.<sup>1</sup> El léxico explícito de los dos tratados donde se comenta, o se niega, la homosexualidad de los dependientes, y su compleja urdimbre metafórica, donde del cuerpo se pasa a la ciudad y a la cuestión nacional, contrasta con la descripción en la crónica de Casal, donde se alude a uno de los tratados, pero donde la relación entre los jóvenes se representa en términos de amistad y cariño fraternales pero no sexuales, y donde la descripción prolija del salón principal del centro ocupa casi la mitad de la breve crónica.

La versión de Casal demuestra los límites de la prensa donde publicaba o los límites que se impuso el mismo cronista. Igualmente demuestra la división radical entre las prácticas simbólicas, entre la crónica y el tratado científico o político. Los dos tratados comentan la sexualidad aberrante, el primero para analizarla como un fenómeno social y el segundo para condenar las implicaciones morales de ese

---

<sup>1</sup> El primer libro se publicó en La Habana (Tipografía O'Reilly, 1888); el segundo en la misma ciudad (La Universal, 1889).

análisis. En ambos, el punto de apoyo es el cuerpo, siempre grotesco e impostor. Desde la consulta del médico hasta el circo, el museo y las aceras urbanas, la obra de Casal está poblada de cuerpos; en cambio, en la crónica sobre los dependientes, el recinto descrito aparece despoblado, totalmente carente de cuerpos. Como si quisiera llenar el espacio vacío, el cronista detalla los muebles de las aulas y el decorado del salón de fiestas. La homosexualidad comentada por el doctor y condenada por el panfletista es indecible; se esconde más bien detrás de una proliferación de significantes que enmarcan y reducen violentamente el salón descrito. Las paredes, «pintadas de óleo de un color azul pálido», están

ornadas de simétricos *panneaux*, formados con varillas de madera dorada, que resaltan al brillo de la luz que despiden las arañas de cristal. Dentro de un *panneau* hay una luna veneciana, sujeta por ancho marco de bronce, y en otro una copia de un cuadro célebre, pendiente de fino cordón de seda azul turquí (1963b, 2: 19).

Sigue la descripción del techo, de una tribuna, y de «un teatrillo precioso, alegre como una pajarera y reluciente como una caja de juguetes». La reducción vertiginosa y jadeante del salón clausura la posibilidad de que un cuerpo lo atravesara: un salón ornado de *panneaux*, que contiene una luna veneciana, sujeta por... etcétera, donde también hay un «teatrillo precioso», que se reduce aún más en «una caja de juguetes». Sin embargo, del Centro de Dependientes viene el cuerpo, visiblemente marcado por la sexualidad, del joven «pederasta» entrevistado en el tratado del doctor Benjamín Céspedes.

*La prostitución en La Habana* del Dr. Céspedes incluye un prólogo de Enrique José Varona, cuyo relieve en los círculos intelectuales y políticos de la época no hay que mencionar. Fue también uno de los primeros lectores y críticos de Casal, como se verá en más detalle en el capítulo siguiente. En su prólogo al estudio del Dr. Céspedes, Varona lo alaba porque «nos invita a acercarnos a una mesa de disección, a contemplar al desnudo úlceras cancerosas, a descubrir los tejidos atacados por el virus» (1888: xi). El cuerpo enfermo es la ciudad misma y la «disección» del doctor es útil puesto que señalar el mal es de algún modo comenzar a sanarlo. La metáfora médica de Varona, sin embargo, no permanece en el plano de la retórica; encuentra su referente en el examen que hace un colega del doctor, «un distinguido facultativo», de uno de los moradores de la ciudad enferma. Es decir, el doctor Céspedes pretende que no fue él quien entrevistó al

joven homosexual, sino un colega, a quien no se nombra. Se trata de un gesto de distanciamiento transparente frente a un tema demasiado peligroso para admitir que se ha tratado de cerca. Un capítulo del libro de Céspedes se titula «La prostitución masculina», donde se presenta detalladamente el ambiente «pederasta» de la ciudad. Vale la pena citar parte del párrafo inicial de este capítulo no solo por la definición que presenta de la homosexualidad sino porque se trata de una «aberración» tan difundida como la prostitución:

Y aquí en la Habana, desgraciadamente, subsisten con más extensión de lo creíble y con mayor impunidad que en lugar alguno, tamañas degradaciones de la naturaleza humana; tipos de hombres que han invertido su sexo para traficar con estos gustos bestiales, abortos de la infamia que pululan libremente, asqueando a una sociedad que se pregunta indignada, ante la invasión creciente de la plaga asquerosa; si abundando tanto pederasta, habrán también aumentado los clientes de tan horrendos vicios. (1888: 190)

El doctor comenta la tendencia de algunos de los tales pederastas a fraternizar con las prostitutas, pero más perturbadora es la presencia de los «clientes», que sugiere un comercio que ha transformado la capital en una «de esas ciudades sodomíticas», una versión criolla de «la Roma decadente». Inmediatamente sigue la clasificación irrisoria de los pederastas en «tres clases»: «el negro, el mulato y el blanco». La clasificación es una de las maneras de marcar la objetividad científica y de distanciar al observador de una comunidad dispersa por toda la ciudad, «repartidos en todos los barrios de la Habana». Como la prostituta y como el vampiro, «Por la noche se estacionan en los puntos más retirados del Parque y sus alrededores más solitarios». Sigue una descripción del pederasta «afeminado» que cito por su carácter arquetípico; valdría tanto en «la Roma decadente» como en el Nueva York de mañana:

Durante las noches de retreta circulan libremente confundidos con el público, llamando la atención, no de la policía, sino de los concurrentes indignados, las actitudes grotescamente afeminadas de estos tipos que van señalando cínicamente las posaderas erguidas, arqueados y ceñidos los talles, y que al andar con menudos pasos de arrastre, se balancean con contoneos de mujer coqueta. Llevan flequillos en la frente, carmín en el rostro y polvos de arroz en el semblante, ignoble [sic] y fatigado de los más y agraciado en algunos. El

pederasta responde a un nombre de mujer en la jerga del oficio. (1888: 191)

Llama la atención en la descripción la actitud de la policía, los representantes inmediatos del poder que debe controlar el comportamiento de los ciudadanos y que, sin embargo, parece no hacer caso a la presencia de los pederastas, o de las prostitutas; es decir, la parcelación del espacio urbano se da por sentada dentro del «orden natural del desorden», en la frase de Foucault. El estereotipo del afeminado, casi un travesti, tan verídicamente representado, se complica con la mención del rostro «agraciado» de algunos y más adelante de sus «amantes preferidos» y de las fiestas que celebran «entre ellos», donde «fingen» partos y bautizos. Siguiendo la pauta del cientifismo decimonónico, el doctor trata de relacionar el comportamiento homosexual con la criminalidad y la enfermedad, pero la misma objetividad científica no le permite caer en el panfletismo. Anota, por ejemplo, que «No siempre son pasivos en sus relaciones sexuales» y que «se prestan a ser activos». Su descripción ratifica la existencia de un ambiente homosexual en La Habana finisecular, similar en su manejo público de heterodoxias genérico-sexuales a otros centros metropolitanos antes de 1969, el año del «motín de Stonewall»<sup>2</sup>, momento clave en el origen del «movimiento de liberación gay», que en tan diversas maneras transformó esos mismos espacios públicos.

El vicio contra natura descrito por Céspedes tiene otro lugar preferido, los talleres y establecimientos donde hacían vida común los jóvenes aprendices y los empleados públicos, que llegaban a la capital del interior o del extranjero y que a falta de familia o del consabido tío, pernoctaban en los lugares de trabajo o en algunos recintos organizados con el fin de albergarlos. El capítulo sobre «La prostitución masculina» concluye con una entrevista a uno de esos jóvenes «como de quince años de edad», que creía «estar dañado por dentro». El médico le diagnostica un «chancro infectante sifilítico» y luego fija su atención en el muchacho: «noté lo afeminado de su rostro, tan agraciado como el de cualquier mujer, y lo redondo y mórbido de sus formas de adolescente», «mórbido» por supuesto en el doble sentido de «suave, blando, delicado» y «que padece enfermedad o la ocasiona». El «mórbido» del doctor es uno de los adjetivos claves de los diversos «decadentismos» finiseculares y de sus detractores porque rubrica tanto

---

<sup>2</sup> Sobre Stonewall, véase Katz 1976: 508 y Duberman 1993.

la enfermedad como la «erotomanía» y la «egomanía», para citar la bestia negra bicéfala de Nordau.

La entrevista del médico con el muchacho, dependiente en una tienda de ropa, revela otros detalles del ambiente homosexual de la época. En el lugar donde pernocta, los compañeros «acarician» al muchacho y «hacían conmigo ciertos manejos»; «con casi todos», responde a las preguntas insistentes del médico; porque «me pegaban», dice en un comienzo y luego añade: «Me besaban y me cogían la mano y yo tenía que hacerles». Entre esos «todos», «habían [sic] dos que dormían juntos, pero a esos se les miraba con más respeto». En la entrevista de su supuesto colega, citada *verbatim* por el doctor Céspedes, en medio de tanta referencia a lo grotesco y lo enfermizo, el «respeto» de los compañeros hacia los dos que «dormían juntos» es sorprendente y conmovedor. En cuanto a la autoridad, en este caso el «principal» del comercio, es tan indiferente como la policía, y «con tal de no aflojar dinero, en lo demás no se mete en esas cosas feas», dice el muchacho (1888:194), sugiriendo la relativa tolerancia hacia las prácticas en cuestión.

El estudio del doctor Céspedes reproduce los dos fundamentos de la definición original de la homosexualidad. Por una parte, se trata de una enfermedad con síntomas identificables, especialmente cuando el cuerpo, como el del chico entrevistado, está marcado por «chancros» u otros síntomas patológicos; por la otra, se amplía la metáfora patológica y se trata de una enfermedad social que «infecta» el resto del cuerpo político sano. Importa señalar el juego metafórico en los comentarios del doctor. El referente de las metáforas somáticas del mal es el cuerpo del muchacho. El entrevistador aprovecha metáforas antropomórficas que ya eran moneda corriente, descriptivas tanto de la ciudad como de la obra «decadente» del propio Casal. En la descripción del ambiente homosexual de la Habana finisecular se dibuja la red metafórica que sostiene la autoridad científica del saber de la época, aplicado tanto al crimen, la enfermedad y la homosexualidad como a las prácticas simbólicas, específicamente la escritura, donde predomina «el adorno del exterior» y la incapacidad de «dibujar», es decir, de significar nítidamente, «en el luminoso círculo focal de la conciencia» (Nordau 1895: 61).

En los comentarios del doctor Céspedes, la homosexualidad se sitúa ambiguamente entre la enfermedad y la práctica simbólica. Los «pederastas» son seres «viciosos», marcados por los síntomas de las enfermedades venéreas. Además, «fingen» los comportamientos

sociales que en ese momento definen a «la mujer», particularmente la prostituta, es decir, se maquillan con polvo de arroz, se contonean al caminar y por supuesto tienen clientes. La condena del cuerpo «malsano» del muchacho y del ambiente «perverso» en que se mueve contamina a su vez los comentarios críticos sobre la obra de Casal. Se escucha su eco en las descripciones del cuerpo enfermo y corrupto en algunas de sus crónicas y poemas, y en la identificación de la ciudad tanto con el mal y la decadencia como con la creación poética, resumida en los célebres tercetos: «Tengo el impuro amor de las ciudades, / y a este sol que ilumina las edades / prefiero yo del gas las claridades». En el capítulo sexto se comentará la plurivalencia de «la impureza» en la ciudad de Casal.

El ambiente descrito por el doctor Céspedes es absolutamente marginal; los pederastas viven en «guaridas» y aunque circulan por el centro de la ciudad, se limitan a su periferia y a las horas nocturnas: «se estacionan en los puntos más retirados del Parque y sus alrededores más solitarios» (1888: 190). La entrevista con el muchacho se desarrolla en la consulta de su «distinguido compañero», dice Céspedes, donde «el médico tiene el deber, como el confesor, de ser reservado en todos los asuntos de sus clientes» (1888: 193). El médico ha reemplazado al sacerdote, pero se conserva el carácter confesional del discurso sobre la sexualidad y la discreción, la distancia y el poder de quien lo escucha. Para distanciarse y marcar su autoridad, y sobre todo su diferencia, representada como la ausencia de lo sexual, el doctor utiliza los recursos del narrador privilegiado del naturalismo comentados por Josefina Ludmer (1977: 122-123). Se trata de un «especialista» que nombra la enfermedad y hace entrar el cuerpo en «el círculo focal» de su propia re-presentación, que correlativamente niega toda representación ajena: los pederastas fingen como fingen todos los «impostores» decadentes.

Los pederastas del doctor Céspedes son seres marginados no solo por sus preferencias sexuales sino también por su clase. Criminales de oficio, son además «desaseados y alcoholistas» [sic], «lavanderos, peluqueros y criados de las prostitutas». Los dependientes y empleados de las tiendas pertenecen a la clase obrera, y el doctor afirma que las condiciones de vida de este grupo facilitan el desarrollo de la homosexualidad. Salvo en la mención fugaz de los clientes, la clase dominante, a la que pertenecen letrados y profesionales como el mismo doctor, queda lejos de esos «seres viciosos», reificados en aras de la ciencia y presentados a la clase hegemónica como objeto de estudio, como las monstruosidades de un museo de historia natural. La solución

ofrecida finalmente por el doctor no es de carácter moral ni psicológico sino social: los «mancebos célibes» no deben recluirse en falansterios donde la ausencia de la mujer los conduce a la «incontinencia bestial entre hombres» (1888: 195).

El libro del doctor Céspedes tuvo una respuesta casi inmediata, que amplía significativamente el panorama de la homosexualidad en el fin de siglo habanero, aunque sin duda ese no fue su propósito. Un año después de aparecido el libro, se publica una «respuesta» donde se defiende la virilidad de los dependientes y se señalan «los vicios» de la burguesía y las clases profesionales, específicamente las clases criollas, puesto que el médico, «hombre vulgarísimo y completamente inepto para especular seriamente en los altos y sublimes principios de la Ciencia», ha imputado «a todo un grupo social los defectos aislados de uno de sus individuos» (Giralt 1889: 83). En el tono iracundo del panfletista, el autor ataca el «fanatismo del criollismo» en la «obra pornográfica» del doctor, porque cree que este ha sugerido que la prostitución y la homosexualidad son males de origen europeo que han contaminado la isla. Un gran número de los habitantes de los albergues de empleados y dependientes descritos por el doctor Céspedes era de origen extranjero, en su mayoría españoles recién emigrados, y el autor del tratado lleva las «necedades científico-sociales» del doctor al plano del debate con-temporáneo sobre el nacionalismo.

Pedro Giralt, el autor de la «Réplica...[al] Dr. Céspedes», excusa el comportamiento de los que hacen «papel de hembras» porque lo hacen no por placer sino para «ganarse el sustento». Además, muchos de ellos pagan su «deuda» con la sociedad cuando el Gobernador Civil los condena al penal de Isla de Pinos. En una cita sorprendente del célebre soneto de «Sor Juana Jesús de la Cruz» [sic] sobre cual es más pecador «la que peca por la paga / o el que paga por pecar», Giralt vuelca su ira no sobre los pederastas sino sobre sus clientes, que no son dependientes sino miembros de la elite urbana:

¿Cómo calificaremos, pues, a estos pederastas activos y paganos que van o iban a solicitar a los maricones para ocuparlos pagándoles con dinero? No obstante estos, más culpables que los pasivos, no han sido deportados, y se están paseando por las calles de la Habana. ¿Serán dependientes? ¡Ah, si se pudiera decir ciertas cosas que la vergüenza pública prohíbe revelar!; si fuera lícito contar con nombres y apellidos ciertas historias íntimas y secretas cuyos detalles se cuentan *sotto voce* por los corrillos; las confidencias de algunas mujeres a sus comadres y

de éstas a sus íntimos, aparecerían a la luz del sol con toda su repugnante fealdad más de cuatro entes, al parecer bien educados, que llevan levita y ocupan señalados puestos. (Giralt 1889: 83-85; énfasis del original).

Giralt no respeta las fronteras clasistas tan cuidadosamente marcadas por el doctor Céspedes. La terminología anti-científica de Giralt tiene además el valor de lo explícito: se trata de «maricones». Los comentarios de Giralt revelan lo ficticio de la marginación de los pederastas en la descripción médico-social de Céspedes. Según Giralt, los menos afortunados, es decir los de la clase obrera, fueron a parar a la cárcel de Isla de Pinos, pero sus clientes se pasean impunemente por plena Habana porque su buen nombre, su educación, en fin su clase social, la clase de los «que llevan levita y ocupan señalados puestos», los protege. Al defender «la honradísima y sufrida clase de dependientes del comercio», Giralt señala la amplitud y la difusión de las prácticas homosexuales en La Habana de 1889.

Al rechazar el cientifismo del doctor, los argumentos disparatados de Giralt transforman el diagnóstico del cuerpo enfermo del muchacho y de cierto sector de la ciudad en una oposición socio-política entre la clase obrera, en este caso compuesta en su mayoría de peninsulares recién llegados, y la burguesía profesional criolla, que desde la prensa dirigía, como lo hizo el propio Casal, diversos ataques más o menos velados a las autoridades coloniales.

Como se ha mencionado antes, la crónica de Casal «A través de la ciudad. El Centro de Dependientes» apareció, firmada con el pseudónimo de «Hernani», en *La Discusión*, el 28 de diciembre de 1889 (1963b, 2: 17-20). La crónica fue escrita después de una visita al Centro, situado «en los altos del teatro Albisu», uno de los tantos «centros», «liceos» y «colonias», instituciones gremiales, docentes y sociales que se propagaron por toda la isla. Casal describe las condiciones que han llevado a los jóvenes a abandonar su provincia española, el esfuerzo de su trabajo y la integración de muchos de ellos a la sociedad cubana. El Secretario del Centro guía al cronista por todo el recinto, que resulta ser un verdadero falansterio con salones de lectura, aulas donde tienen acceso gratuito al curriculum de una escuela de comercio, y un salón de fiestas, que recibe todo un párrafo descriptivo. El libro de Céspedes, con el prólogo de Varona, fue publicado en 1888; el de Giralt se publicó al año siguiente. Casal regresó de Madrid en enero de 1889. Es poco probable que haya desconocido los libros de Céspedes y de Giralt. Al contrario, lo más probable es que se le



asignara la crónica para *La Discusión* con la intención de suavizar los términos del debate entre criollos y peninsulares, exacerbado por los ataques de Giralt, y de borrar, o más bien desdibujar estéticamente, la escabrosa cuestión de la homosexualidad en los centros de dependientes.

La crónica de Casal parece haber sido provocada por el deseo de investigar una situación curiosa o interesante, o al menos ese es el pretexto que sugiere Casal: recoger «los datos que reclamaba nuestra insaciable curiosidad» (1963b, 2: 18). El Centro está totalmente vacío, salvo por la presencia neutral del Secretario. Para mostrar que en los centros no existía el ambiente descrito por el muchacho entrevistado por Céspedes, Giralt se había referido a su «régimen disciplinario» y al hecho de que «está prohibido hablar de política». Casal casi lo cita textualmente cuando dice que allí «está permitido hablar de todo menos de política», y continúa con una descripción casi pastoril de los jóvenes:

¿No es más agradable comunicarse sus ensueños de riqueza y sus proyectos para lo porvenir? ¿No es más bello recordar la patria lejana, donde se ha pasado la infancia y donde hay seres queridos que nos aguardan? De este modo ¿no se obtiene más pronto el fin apetecido, que es el de estrechar cada día más los lazos de cariño, simpatía y amistad entre los dependientes? (1963b, 2: 19).

En los tratados de Céspedes y Giralt, se comenta la homosexualidad con franqueza sorprendente, a la vez que se trata de limitarla al cuerpo y sus síntomas. En cambio, Casal señala el lado afectivo e incluso sentimental en la relación entre los hombres del Centro. En la entrevista con el chico de quince años, el respeto que sienten los demás por dos hombres que dormían juntos contrasta con la jerga de la patología que el doctor aplica tanto a los males del cuerpo del muchacho como a los de la ciudad contaminada por el vicio. Correlativamente, podría decirse que el sentimentalismo de Casal contrasta con el cientifismo del doctor y con la vulgaridad y el desprecio del panfletista Giralt.

El sentimentalismo, como estilo y modalidad tanto literarios como pictóricos, tiene una de sus fuentes en la sensibilidad o afectividad del siglo xviii. El sentimentalismo atraviesa los diversos esteticismos del fin de siglo xix, incluso el modernismo, donde se opone a la tradición positivista. Luego, se opaca con el triunfo del formalismo y el rigor de la crítica a partir del fin de siglo xix y

principios del xx. Sin embargo, en el caso de la crónica de Casal, tal vez no se trate simplemente de una moda literaria o de un estilo individual sino de una manera, aunque fugaz y sutil, de sugerir el aspecto afectivo y por lo tanto subjetivo de la homosexualidad, el objeto de la cruel disección del doctor y de la arenga estridente de su enemigo panfletista.

No obstante, el afecto que sugiere el sentimentalismo de la crónica de Casal tiene su precio: no tolera la presencia del cuerpo. El cuerpo, tanto el propio como el ajeno, se distancia o más bien se cubre con los detalles lujosos en la descripción, casi la reducción estética, del recinto: un salón, un teatrillo, una caja de juguetes, una pajarera, el refugio de un sujeto que apenas señala su propia presencia y que en semejante contexto, definido por el doctor Céspedes y el panfletista Giralt, no se atreve a señalar la ajena. En la crónica de Casal, para que triunfe el «cariño, simpatía y amistad entre los dependientes», debe borrarse toda señal del cuerpo. En el Centro, totalmente vacío durante la visita de Casal, «los dependientes» se pierden en un plural incorpóreo y abstracto como si el cariño, la simpatía y la amistad que se tienen entre sí dependieran de esa ausencia. Lo innombrable en la crónica no es solo la homosexualidad sino el cuerpo erótico, que debe transformarse estéticamente, o que debe pasar a otro registro del erotismo, que debe figurar de otra manera y en otros recintos, en el circo, en el museo, en la pesadilla, los lugares predilectos de su representación.